

098. Con los brazos en alto

¿Recordamos la escena de Moisés en la montaña con los brazos en alto, mientras los guerreros del pueblo libraban la batalla contra Amalec?... Moisés oraba con las manos alzadas, y le decían.

- *¡Sigue, sigue, Moisés, que mientras oras así la batalla va bien!...*

De repente, cambian el grito jubiloso por otro grito lleno de angustia:

- *¡Moisés, Moisés, no te canses de orar ni bajas los brazos, que nuestro ejército empieza a ceder terreno!...*

El pobre y anciano Moisés se lamenta: -*¡Es que no puedo más!...*

Tienen entonces sus asistentes una idea feliz:

- *¡Aguantá! Te ponemos estas piedras debajo de los brazos para que los puedas mantener en alto...*

Le colocan las piedras, y Moisés no bajó ya sus brazos rendidos hasta que la batalla hubo terminado con la victoria. De lo contrario, vencido el ejército, hubieran caído todos los israelitas bajo el filo de la espada... (Génesis 17,8-15)

Un hecho como éste, ¿no ha tenido ninguna repetición a lo largo de la Historia? Escuchamos ahora otro caso, interesante y aleccionador.

En el siglo dieciséis, después de escindirse la Iglesia con la apostasía de Lutero, ocurrió algo semejante en las tierras de Bélgica, cuando se enfrentaban en dura batalla dos ejércitos, uno católico y otro disidente. Y el héroe del hecho no fue Moisés, sino una humilde mujer.

Era pastorcita, y se llamaba Ana. A sus veintiún años le hacen una guerra implacable para que se case, pero ella no quiere, porque siente otra llamada de Dios. -*¡Si yo no quiero! ¡Si yo quiero ser toda de Jesús!...*

Hasta que se le aparece el Señor, y le asegura: -*Quédate tranquila. Si tú quieres, te aseguro y te prometo que sólo conmigo te vas a desposar.*

Conducida por la Virgen, entra en el Carmelo de Ávila, y la incomparable Teresa de Jesús tendrá en Ana su mejor amiga, confidente y secretaria, hasta que muera en manos de Ana después de haber dicho: *¡Muero hija de la Iglesia!...*

Española hasta los huesos, no será España sin embargo su patria definitiva. Los estragos que la falsa reforma protestante está causando en Francia y en los Países Bajos, impulsan a Ana a marchar a aquellos países entonces tan difíciles.

Los herejes temen a semejante santa, y llegan a decir cuando Ana había de atravesar el río: -*¡Ojalá se hunda el puente, se la trague viva el río y no salga de él sino ahogada!...*

Los reyes de las naciones católicas —Francia, España, Polonia— la respetan, le consultan, le piden que rece por ellos. Y se presenta la ocasión grave. Un ejército protestante pone cerco a la ciudad belga de Amberes, y los sitiados piden angustiados: -*¡Ana! ¡Sor Ana! ¡Ruegue, ruegue fuerte para que no se pierda la ciudad y con ella la fe católica!...*

Ana se pasa toda la noche en oración con los brazos en alto, igual, igual que Moisés en el monte, pero sin las piedras como sostén que le alivien en su cansancio. No aguanta más. Hasta que oye una voz del cielo: -*¡Ya está!*

Se le caen los brazos en aquel instante, sin saber por qué. Y era porque en aquel momento el sitiador emprendía la fuga y la ciudad se libraba del enemigo.

Hasta hoy Amberes, después de cuatro siglos, sigue considerando amiga suya y su libertadora a esta monja, la amiga más íntima de la gran Teresa de Ávila.

Estas dos escenas —una del antiguo Israel, la otra del nuevo Israel de Dios, que es la Iglesia— nos llevan una vez más a la reflexión sobre un tema que ha sido tan frecuente en nuestro programa, como es el de la oración incesante.

Orar. Pero, ¿para qué?...

Para que nuestras almas se vean llenas de la gracia de Dios. Esto siempre. Porque quien ora se pone en contacto con Dios. Y al establecerse una corriente intensa entre Dios y el alma, la gracia, el amor y los favores de Dios descienden a torrentes sobre quien ora.

Pero hay algo más. El hecho de Moisés y el de la Beata Ana nos hacen ver la importancia grande que tiene la oración cuando, despojada de todo interés personal, se le dirige a Dios en favor del mundo y de la Iglesia.

Los grandes males del mundo vienen porque sobran armas y faltan oraciones. Porque sobran vicios y faltan plegarias. Porque sobra olvido de Dios y falta recuerdo constante de Dios.

La Iglesia libra batallas continuas contra los enemigos del Reino de Dios, y necesita las armas, el vigor, la inspiración, el acierto y la constancia de los emisarios del Evangelio. Todo eso —que son los recursos del ejército en el fragor de la batalla— se los proporciona la Iglesia de la retaguardia, la Iglesia que reza, la Iglesia que no baja nunca los brazos por mucho que le pesen.

Éste ha sido siempre el sentir de la Iglesia. Cuando Felipe II tenía en su mano de rey aquel imperio en que no se ponía el sol, había de librar batallas continuas contra los enemigos de la fe católica.

En sus preocupaciones, hace llamar a un religioso lego que tenía fama de santo. Y el humilde franciscano, San Salvador de Horta, le dice sorprendido:

- Pero, Majestad, ¿qué tengo yo, pobre cocinero del convento, para que el Rey me tenga que pedir un servicio?

Y el prudente Felipe II:

- ¿Sabe para qué lo quiero? Para encomendar a sus oraciones mi persona y mis reinos, a fin de que se mantenga firme en ellos la fe católica.

El mundo necesita oraciones para mantener la paz.

La Iglesia necesita oraciones para que el Evangelio corra, se difunda y penetre todos los estamentos de la vida social.

Las almas necesitan oraciones para su salvación. ¿Quiénes son los valientes que aguantan con los brazos en alto?...

Son ellos los grandes bienhechores de la Humanidad y de la Iglesia. Son los que mejor merecen el Nobel de la Paz...